

★ ALEX CARTIER ★

# MOVIE STAR

¿Cuál es el precio por acostarse  
con una estrella?

2

# **Alex Cartier**

## Movie Star 2

Traducción de María Méndez

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Movie Star 2*

© Belfond, un département de Place des Éditeurs, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Página 86: © *Kiss*, 1986 NPG Records, Inc. under exclusive license to Warner Bros. Records Inc., interpretada por Prince.

Página 166: © *The House of the Rising Sun*, 2002 Parlophone Records Ltd, a Warner Music Group Company, interpretada por The Animals.

Página 166: © *Je t'aimais, je t'aime et je t'aimerai*, 2014 Warner Music France, A Warner Music Group Company, interpretada por Amandine Bourgeois.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2017

Depósito legal: B. 17.340-2017

ISBN: 978-84-08-17501-8

Composición: Atona - Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

15 de agosto de 2014, 10.30 h

Estoy sentada en mi sitio habitual para desayunar y Marco ya no me pregunta lo que quiero, se contenta con un «¿Como siempre, señorita?», a lo que yo respondo: «Sí, Marco».

Frente a mí, Michael está leyendo en su *tablet* el *N.Y. Times*, o tal vez el *Variety*, en camisa y bañador. Yo también llevo puesto el mío, puesto que nos hemos bañado antes del desayuno.

Ahora estoy esperando a Laure. Dentro de poco tendré a mi lado tanto a mi mejor amiga como al amor de mi vida. ¿Quién dijo que la vida no es bella?

No obstante, no todo ha sido tan sencillo. Ayer, cuando llegué al barco, Michael y Robert me esperaban en el salón.

Michael se levantó para recibirme pero no me besó.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha sido la separación entre Christophe y tú?

Hice una mueca.

—Tan bien como cabría esperar, dadas las circunstancias.

—Ya me lo imagino. Robert tiene ciertas inquietudes en relación con nuestro pequeño crucero y quiere saber si le

has hablado con alguien de las noches que hemos pasado juntos.

Robert interviene.

—Sí, no es difícil suponer que si la prensa del cotilleo descubre que está sola con Michael, pronto tendremos helicópteros sobrevolándonos. Con Christophe ya lo he comprobado, no habló con nadie. ¿Y usted?

Palidezco y Michael comprende.

—Se lo has dicho a tu amiga, ¿verdad? La que sale con el periodista de *Variety*.

Ahora es Robert quien hace una mueca y trato de tranquilizar a los dos.

—Sí, se lo he dicho a Laure, pero ella ha roto su relación con David. No diré nada, le pedí confidencialidad.

—De acuerdo, pero una promesa es una garantía de seguridad bastante débil. ¿Podríamos hacerle firmar un NDA?

¡Decididamente, qué obsesión! ¿Acaso cobra un porcentaje por cada Acuerdo de confidencialidad que hace firmar?

Fue en ese momento cuando Michael tuvo una idea genial.

—Ophélie, si no me equivoco, mañana es la Asunción, día de fiesta en Francia.

Esa es la ventaja de estar casado con una católica: conoce la fiesta que celebra la subida de la Virgen María al cielo, pero al decir esto no sé adónde quiere llegar.

—Tu amiga Laure tiene al menos tres días libres por delante. ¿Por qué no invitarla a venir con nosotros? Podría venir a nuestro encuentro en Cerdeña. Robert, hay un aeropuerto cerca de Porto Cervo, ¿verdad?

Robert lo confirmó y Michael me pidió que llamara a Laure para preguntarle si estaba libre. No había hablado con ella desde hacía varios días y contestó al teléfono al cabo de dos tonos.

—*Hello*, miss Brown.

—Buenos días, Laure.

—Supongo que me llamas desde el yate antes de irte de crucero con Michael.

Esos momentos de súbita lucidez en ella ya no me sorprenden: ¡esta chica tiene poderes sobrenaturales!

—Exactamente.

—No te lo crees ni tú. ¿Y Carolina?

Echo un vistazo a Michael. No puede entendernos, ya que hablamos en francés, pero me fastidia mencionar la agenda de su esposa.

—No está aquí.

—¿Michael está a tu lado?

—Sí.

—¿Por eso me contestas con monosílabos?

—Sí.

—¿Y no querías pedirle que me invite? Estoy sola y mis vacaciones con David se han ido al garete. Estoy segura de que hay un montón de camarotes en el yate, cogeré uno muy pequeño e incluso aceptaría compartirlo con algún marinero de la tripulación si está bien... Por favor...

Es gracioso cómo a veces pueden converger los intereses individuales.

—Espera un momento, Michael quiere decirme algo.

De hecho, soy yo quien quiero informarle de la petición de mi amiga y pongo el teléfono en silencio.

—Michael, Laure quiere saber si estás de acuerdo en invitarla.

Se ríe y tiende el brazo.

—Pásamela.

Vuelvo a poner el micrófono.

—Laure, Michael quiere hablar contigo.

—¡No! Decía eso por hacer el tonto...

Michael coge mi iPhone.

—Buenas tardes, Laure. ¿Cómo está?

Por dentro me río, estoy segura de que Laure, la intrépida, se siente incómoda y nerviosa cuando habla así con una gran estrella.

—Laure, me estaba preguntando si estaría de acuerdo en compartir con nosotros este pequeño crucero... ¡Sí, sí, estoy seguro! Me haría ilusión. A Ophélie también. Seguro que ella tiene su dirección de email. Llamaré a mi asistente a Los Ángeles para que organice el vuelo y los transbordos. Así que nos veremos mañana en Cerdeña. Buenas tardes, Laure. Le paso de nuevo a Ophélie.

Al devolverme el móvil, me dice en voz baja: «Acuerdo de confidencialidad». Vale, lo he entendido, me toca a mí decirselo. No creo que sea difícil.

Cuando vuelvo a hablar con Laure, está histérica.

—¡No puede ser verdad, me ha invitado! ¡No puedo creerlo, come de tu mano! ¿Qué le has hecho? ¡No puedo imaginar que hagas mejores mamadas que yo! Bueno, en fin, ahora empiezo a dudar, podríamos intercambiar recetas...

Si no la interrumpo me tocará oírla delirar veinte minutos.

—Laure, espera...

—Ophélie, no me digas que era una broma. ¡Sería demasiado cruel!

—Laure, para un momento, tenemos que organizarnos si queremos que llegues mañana por la mañana. En primer lugar, un punto importante: como es un crucero muy exclusivo tendrás que firmar un NDA.

—¿Un qué?

—Un Acuerdo de confidencialidad.

—No hay problema, firmaré todo lo que tú quieras y hasta puedo firmarte un papel que establezca que eres una reina eterna y que te llevaré el té al despacho todos los días

durante un año. Bueno, al menos durante seis meses, mínimo durante tres, eso seguro...

—No será necesario. Mira, voy a ponerte en altavoz. ¿Puedes repetirlo en inglés para el abogado de Michael?

—*Yes, Mister Lawyer, I will sign any paper you want me to sign.*

—Gracias, Laure. Bueno, nos organizamos y te decimos cómo va.

Después pude comprobar lo que era tener un buen asistente. Michael llamó al suyo, le explicó lo que quería y yo le transmití los datos de Laure.

Una hora más tarde, cuando estábamos en mar abierto tomando el aperitivo en el puente, Laure me volvió a llamar.

—¡Es genial! Cojo el avión mañana a las siete. El asistente de Michael me envía un coche a mi domicilio a las cinco. ¡Eso es clase!

—No puedo hablarte ahora, estamos tomando el aperitivo.

—Comprendo, señora duquesa. Bueno, de todos modos, tengo que depilarme para el traje de baño. Hasta mañana.

La noche transcurrió divinamente. Estábamos los tres: Michael, Robert y yo, y para el abogado volví a ser Ophélie. La cena fue muy alegre, los dos hombres rivalizaban en galantería conmigo y para una Leo como yo ese es un juego sumamente agradable. De todos modos supongo que para cualquier persona sería halagador.

Es horrible pero no pensé en Christophe en ningún momento, excepto en el cuarto de baño del camarote. Estaba sola, ya que Michael se había quedado conversando con Robert, y me pregunté qué haría Christophe en el *camping*, si de verdad se iba a quedar en Sperone tres días más.

Me di una ducha, me puse mi pijama *Princesse tam.tam* y me acosté en la cama donde hice el amor con Michael por primera vez.



Estaba demasiado cansada para esperarle y allí mismo me desplomé.

Durante la noche sentí una presencia detrás de mí, unas manos que tiraban del pantalón de mi pijama. ¡Michael! Quise volverme pero me lo impidió con suavidad y le ayudé a terminar de quitármelo. Sentí su erección entre mis nalgas. Deslizó la mano derecha bajo la parte de arriba y me acarició los pechos. Cogió uno de los pezones entre el índice y el corazón y se dedicó a endurecerlo. Luego pasó al otro... Yo estaba completamente despierta. A diferencia de lo que sucede con las heroínas de las novelas, ese tipo de caricia no basta para llevarme al orgasmo. Incluso me pregunto si es posible... En cambio me puso en un estado de gran excitación. Gemía sin interrupción y empecé a frotarme contra su pene. Se escapó unos segundos para ponerse un preservativo, y creo que hizo bien: no sería la primera vez que basta que se froten los dos sexos para que se dé un embarazo. En la época en que la virginidad era importante, incluso provocó más de un escándalo. En mi caso, quedarme embarazada de Michael no sería un problema, estaba dispuesta a darle su primer niño o niña, poco importa lo que sea, o incluso gemelos. Bueno, el riesgo se reduce mucho porque estoy tomando la píldora, pero eso no lo sabe Michael.

Volvió a situarse a mi espalda y frotó el pene contra mi culo, en la zona que va desde el clítoris hasta el ano. Era muy excitante y moví la cabeza para besarle. Fue un momento de intenso ardor, de máxima sensualidad: su boca contra mi boca y su lengua jugando con la mía. Su pene se colocó a la entrada de las nalgas y por un instante retuve el aliento; luego lo situó más abajo y me penetró profundamente.

Es increíble, la fogosidad de Michael no deja de sorprenderme. Se lanza sobre mí como si le fuera la vida en ello. Es todo lo contrario de lo que he vivido toda mi vida, y no obstante me lleva siempre al orgasmo.

Esta vez no fue la excepción a la regla: quinto orgasmo en tres días; mi cuerpo reacciona como si estuviera a sus órdenes y, sin embargo, yo ya dormía cuando él empezó...

Me dio un beso breve y se levantó de nuevo.

—Voy a fumar un cigarrillo, no me esperes.

A mí me habría encantado dormirme en sus brazos pero, de todos modos, estaba tan cansada... Mi respuesta fue un sonido ininteligible que podría haberse interpretado como «vale».

Creo que un minuto más tarde estaba dormida y ni siquiera lo oí cuando volvió a acostarse.

Esta mañana la cama volvía a estar vacía cuando me levanté y de nuevo encontré a Michael en el puente, donde ahora terminamos de tomar el desayuno.

Me siento más relajada que nunca al mirar a este hombre magnífico que está compartiendo conmigo un café después de hacerme el amor la pasada noche. A fin de cuentas, quizá la felicidad sea esto: no el momento en que el amante está dentro de ti sino al día siguiente, cuando sigue aún a tu lado.

16 de agosto de 2014, 11.30 b

Ahora tengo un nuevo espacio y un horario oficial para redactar mi diario. Será todos los días entre las once y las doce del mediodía, después del desayuno en el primer puente del *Pleasure is mine*, a la sombra, enfrente de Michael, que lee los periódicos en su *tablet*. Creo que es el momento ideal para hacerlo.

Además, estoy tranquila, pues Laure se está bañando con Robert. El pobre abogado tiene pinta de estar completamente colado por mi amiga. No se aparta de ella ni un centímetro y no estoy segura de que Laure se haya encaprichado de él en la misma medida.

Tenemos mucho mérito al levantarnos tan pronto, pues debimos de acostarnos a las cuatro de la mañana, sin incluir el tiempo dedicado a las artes amatorias... Fue una noche agitada pero estoy contenta de la manera en que llevo mi relación con Michael, empiezo a comprenderle en su sexualidad y esto va a reforzar nuestra unión. Creo que la conversación con Laure también me ha ayudado mucho, domino mejor la realidad, estoy ganando en madurez. Estoy impa-

ciente por contarle el episodio de esta noche con Michael para que me dé su *feedback*.

Para respetar el orden cronológico, Laure llegó ayer a las doce. El avión traía retraso y hay al menos cuarenta kilómetros entre el aeropuerto y el puerto de Porto Cervo, la ciudad más cercana al fondeadero donde nos encontramos. Desde el puerto, otros tres cuartos de hora en zódiac para llegar hasta nosotros y cuando subió al yate estaba entre intimidada, rendida y encantada, todo a la vez.

Se precipitó en mis brazos para besarme y luego le tendió la mano a Michael. Él, como gran seductor, ignoró su mano, la abrazó y besó en las mejillas, y Laure se quedó tan sorprendida que enrojeció. Confieso que eso me irritó un poco. ¡Creía que él no le gustaba! Además, ¿de verdad es necesario que Michael le dedique su sonrisa de *movie star*?

El abogado aprovechó la ocasión para besarla también pero entonces ella no enrojeció en absoluto.

Marco llevó a Laure a su camarote, el mismo en el que yo me había cambiado y me había puesto el corsé. Me quedé junto a ella mientras colocaba sus cosas. Laure estaba emocionada, un verdadero manojito de nervios.

—¡Ophélie, me cuesta creerlo! ¡Tú, yo y un crucero en yate con Michael Brown!

—Sí, estamos lejos de nuestro despacho en Levallois-Perret.

—Michael y tú, es increíble, tienes que contarme... ¿Cómo es?

—Ya lo verás, es muy caballeroso y gentil.

—¿Y en la cama?

—¡Éxito al cien por cien! Orgasmo asegurado.

—No, no digas tonterías. ¿La tiene bien grande?

—¡Laure! Si bastara un amante bien dotado para hacer el amor y llegar al orgasmo, sería muy sencillo.

—Bueno, aun así ayuda. Entonces, ¿la suya es más bien de talla pequeña?

—Pues no. ¿Por qué dices eso?

—Cuando se dice que el tamaño no es importante, el mensaje suele quedar claro...

—No, justamente tiene el tamaño ideal.

—Lástima, sería un notición para los periódicos.

—¡No hagas el tonto con eso! Puedo decirte que el abogado tiene un sentido del humor muy limitado sobre este tema y creo que te hará firmar en cuanto sea posible. No es broma, con Christophe saltaron verdaderas chispas.

—Entonces, vamos allá. Cuanto antes firmemos el papeleo, antes podremos empezar a divertirnos.

Cuando llegamos arriba, sorprendió a todo el mundo al pedir los papeles para firmar el Acuerdo de confidencialidad. Gracias a eso, el humor en la comida estaba de lo más alegre y la timidez de Laure pronto se disipó, genio y figura... Y como de costumbre, empezó a tomar mucho espacio en la conversación mientras Robert la devoraba con los ojos. Seguramente no ha debido conocer a muchas muchachas como ella, mi amiga es bastante única y, además, habla inglés con un acento francés más marcado que el mío, lo que le añade encanto. En un momento dado, cuando se puso a hablar de la homosexualidad de las estrellas más grandes de Hollywood, me estresé un poco y me pregunté de pronto si Michael no querría cambiarme por esta chica tan chispeante. Me volví hacia él. Me miró, leyó en mí y me cogió la mano para calmar mis inquietudes. ¡Ah, Michael! ¿Cómo puedes ser tan guapo, tan inteligente, tan amable y... tan psicólogo?

Mi mano en la suya supone ya un gozo.

Volví a serenarme y pude disfrutar del final de la comida.

Subimos a tomar el café al puente más alto, al lado de la piscina, y empecé a sentirme cansada, ya que el día anterior no había supuesto precisamente un gran descanso. Mi cuerpo, además, reclamaba otra cosa...

Me acerqué a Michael para hablar con él.

—Me gustaría tomar el postre...

—¡Pero si ya has tomado pastel de chocolate y helado de vainilla!

—Creo que me gustaría otra clase de *brownie*...

—¡Eres insaciable! No me mires así, tengo la desagradable impresión de no ser más que alimento para ti.

—Alimento divino, no terrestre, Michael.

—En ese caso... Robert, Laure, os dejamos, vamos a descansar. Vosotros deberíais hacer lo mismo, esta noche tenemos una agenda muy completa.

Leí en la mirada de Robert que ya se estaba imaginando poder imitarnos y deslizarse en una habitación con Laure, pero ella congeló rápidamente todas sus esperanzas.

—Yo voy a aprovechar para tomar un poco el sol. Tengo que recuperar rayos UVA y horas de sueño.

Michael, como un perfecto caballero, sostuvo la puerta para dejarme pasar. Tenía la mirada turbia.

—Ophélie, tengo una idea. Hoy te dejo la iniciativa, vas a ser tú quien decida. ¿Qué me dices?

¿Que qué digo? Es una muy buena idea, estoy eufórica solo de pensarlo pero, bueno, no puedo decírselo así, se le subiría a la cabeza.

—No me parece mal. ¿Pero estás seguro de que vas a aguantar el *shock*? ¿No hay riesgo de ataque cardíaco? ¡No quiero perderte por exceso de placer!

—Pasé una prueba de esfuerzo hace menos de tres meses. Me dirás que se trataba de pedalear en una bicicleta en una sala de hospital y sé que la prueba a la que vas a someterte es totalmente distinta, pero sería una hermosa muerte... Morir en tus brazos, ¿podría soñar algo mejor para terminar mi vida?

Flirtea y después me hace esta declaración: me derrito más rápido que el helado de postre que tomé hace una hora.

Es divertido, es romántico, es guapo... ¡Creo que podría llenar un cuaderno entero con calificativos para nombrar sus cualidades!

Al mismo tiempo, pienso en el programa festivo y creo que sé de qué tengo ganas.

Me siento sobre la cama.

—Michael, quiero que te desnudes delante de mí.

—Esto suena a *déjà-vu*, ¿no?

Ha dicho *déjà-vu* en francés. La pronunciación se parece a *déjà vous*, «otra vez usted».

—Sí, pero a mí no me cansa.

—Puedo comprenderlo...

—Ahora, calla y obedece.

Es un *striptease* muy rápido, pues solo lleva una camisa, un pantalón y un calzoncillo.

Para este último, le pido que se acerque a mí para ayudarme a quitárselo. Me gusta ver cómo surge su pene de la tela que lo retenía. Es gracioso porque cuando descubro el pene de Michael, no puedo evitar observarlo, recordando las tontas observaciones de Laure sobre su tamaño. Aquí está ahora, delante de mí, no del todo erecto pero tampoco del todo en reposo. Lo miro y lo encuentro impecable, exactamente como le he dicho a mi amiga. No soy tan experta como ella en este terreno pero me parece perfecto para mí, el más adecuado. Michael interrumpe mis pensamientos.

—Ah, creo que voy a apreciar lo que viene a continuación. Pero al mismo tiempo hay que tener cuidado, uno de vuestros presidentes murió por hacer este ejercicio.

Me parece increíble, piensa que voy a hacerle una felación... No puedo culparle, mi cara está a menos de diez centímetros de su polla.

—Mala suerte, Michael, tengo otros planes. Túmbate sobre la cama.